

REVISTA CANTABRO-ASTURIANA.

(CONTINUACION DE LA TERTULIA.)

Número 3.º—5 de Setiembre de 1877.

SUMARIO DEL PRESENTE NÚMERO.

El campo en Asturias, (continuación), por D. Alejandro Pidal y Mon.—*A un vestido*, por D.ª Emilia Mijares de Real.—*Los Garci Lasos*.—III.—*El Mozo*, por D. Angel de los Rios y Rios.—*A don J. M. Redondo*, por D. Juan José de la Lastra.—*Mar afuera*.—*Memorias*, por Juan Garcia.—*En un álbum*, por don Amós de Escalante.—*La princesa y el granuja*, por D. B. Perez Galdós.—*Dulcamara*, por D. Eduardo Bustillo.—*De la atmósfera y sus efectos sobre la vida*, por D. J. J. Zorrilla.

SANTANDER.

Imprenta de Solinis y Cimiano, Arcillero, 1.

1877.

BOCETOS AL TEMPLE,

POR

D. JOSÉ MARÍA DE PEREDA

Se halla de venta en esta Administracion al precio de 12 rs.
Los pedidos de fuera se dirigirán al Administrador de la REVISTA CÁNTABRO-ASTURIANA, Arcillero, 1.

AVE MARIS STELLA.

HISTORIA MONTAÑESA DEL SIGLO XVII

POR

JUAN GARCIA.

Se halla de venta al precio de 16 rs. en las principales librerías, guantería del Sr. Alonso, calle de la Blanca, y en la Administracion de este periódico, Arcillero, 1.

FARMACIA Y LABORATORIO QUÍMICO

DE

D. GILBERTO PELLON,

CALLE DE VELASCO.

TIPOS TRASHUMANTES.

GROQUIS A PLUMA

POR

DON JOSÉ MARÍA DE PEREDA.

Se halla de venta al precio de 8 rs. en la Administracion de la REVISTA CÁNTABRO-ASTURIANA, guantería de D. Juan Alonso y principales librerías.

Los pedidos de fuera se dirigirán á la Administracion de este periódico, y se servirán siempre que venga acompañado su importe con el aumento de 2 rs.

EL CAMPO EN ASTURIAS.

III.

País tan áspero y montañoso y regiones tan salvajes y agrestes, no pueden menos de ofrecer á los cazadores que, despreciando el regalo y comodidades de las expediciones cortesanas, codicien las grandes emociones de las verdaderas monterías, largo premio y rica recompensa á sus duras penalidades y trabajos.

Consisten éstos, sobre todo, en lo quebrado y pendiente de los cazaderos, que obligan al cazador á descender y á subir trabajosamente las peñas y montañas que, en corto vuelo, atravesó la pintada perdiz, y en lo tupido y espinoso de los matorrales y bosques en que se guarece el azulado faisán ó la picuda chocha; pero compénsanse estos trabajos con la mucha espera de la caza, que busca más su salvacion en las defensas del terreno que en la rapidez y fuerza de sus alas, lo que unido al gran andar y muchos vientos de los enjutos perros asturianos, produce al fin riquísima cosecha de triunfos venatorios.

Coloca el cazador sus *atalayas* en los más altos puntos del cazadero, y colgando un sonoro cascabel al collar de su perro de caza, le deja galopar á su sabor por campos y por mieses, atento más que á nada al sonido del vibrante metal, cuyos ecos le indican el punto del monte que registra, y cuyo silencio le advierte que el perro está *de muestra*. Diríjese allá despacio el cazador, si no es que el perro, más amaestrado, retrocede á buscarle, indicándole con sus saltos que descubrió la caza apetecida, y preparada la escopeta, ánimale á *romper la muestra*, diciéndole con voz breve el imperioso: *Entra*. Lánzase el perro sobre la bandada de perdices, que no siempre consigue levantar, y mientras el cazador hace lucida *carambola*, los *atalayas* cuentan el número de las perdices que quedaron, y siguen con vista atenta su vue-

lo, marcando el punto en que, doblando, se abatieron: acude allá entonces el cazador, y registrando bien la *quebrada*, derriba una tras otra todas las restantes, sucesivamente *paradas* y *cobradas* por su perro, dejando sólo tres de cada banda que descubre.

En cuanto á la caza de robezos, verificase aún con mayores trabajos y peligros, abandonando el cazador la bota y la polaina para calzar su pié con la flexible y apretada abarca, que con mayor dificultad resbala sobre la lisa superficie de las encumbradas rocas, adonde, dejando atrás los bosques y praderas, tiene que trepar el cazador si ha de sorprender á las astutas reses en sus sabrosos pastos y solitarios abrevaderos.

Erguido sobre la más alta peña, destácase con apuesto continente el macho, jefe de la manada, tendiendo atentos el olfato, la vista y el oído, á los cuatro puntos del horizonte, mientras el resto del rebaño busca, entre las grietas de las rocas y á la orilla de los ventisqueros, la aljofarada yerba y el menudo césped de las alturas, y pronto el galopar sonoro de todos ellos por sobre las aristas de las peñas indican que el viento descubrió con las emanaciones de su cuerpo ó con el sonido de sus pisadas la presencia del cazador artero.

El eco sordo de una detonacion rasga los aires, y en breve el vigilante centinela, que entre todos descollaba por su gentileza, y gallardía, disminuye la velocidad de su marcha, hace esfuerzos por salvar un barranco que delante de sus piés se abre, y rueda por fin en él con estrépito, dejando matizadas de sangre las desnudas piedras.

Y por lo que hace á la montería del tardo y corpulento oso, rey de los montes asturianos, requiere, por lo general, mayor aparato y ostentacion que en la que en los demás casos se usa.

Señalada la presencia del oso en el seno de alguno de los intrincados montes que frecuenta, ya por el destrozo de las mieses cercanas, ya por las huellas de sus garras impresas en el tronco del haya gigantesca, á que trepó por alcanzar su fruto, ó en el hueco y colosal tronco del roble, desgarrado para estraer la miel de la colmena que en su interior labraron las abejas silvestres, ya por el estrago de los ganados, cuyas robustas fuerzas paraliza el tremendo animal sujetándolos por astas y por los lomos, organízase en breve la correría, que dura, por lo general, largas horas.

Colócase el cazador de antemano, ya en la cumbre de un elevado peñasco suspendido sobre el abismo, ya á las márgenes de un caudaloso torrente, sentado en alguna redonda piedra pulimentada por las aguas, ya en el medio de alguna

escondida senda perdida en lo interior de los bosques. Pasos todos forzados de un monte á otro, y por cuyo centro tiene que atravesar el oso apenas acosado abandone el reposo de su *cubil* ante el estrépito de los ojeadores.

Comienzan estos la batida, moviendo gran algazara y ruido por todo el monte, batiendo las malezas con sus fuertes y nudosos palos, disparando cohetes á lo largo de las cañadas, atronando los valles con su estentóreo griterío. Los perros, ensangrentándose con las zarzas y abrojos, laten con voz sonora y solemne, como si conociesen la importancia de la fiera que cazan, y las alimañas asustadas vagan temerosas por la espesura, mientras las inquietas ardillas saltan de rama en rama por las altas copas de los árboles.

Nada de esto percibe el cazador que, solitario, espera apoyados los cañones de su carabina sobre el caído tronco de algun árbol ó sobre la cresta de la roca en que se guarece. Sólo el ruido del viento que zumba en las alturas, ó el estruendo del río que se despeña, ó el murmullo que forman las hojas al caer, hiere sus oídos, atentos al más leve rumor de la montaña.

Pero crece de pronto la vocería; un *jahí vá!* prolongado y potente retumba en las fragosidades de la sierra; menudean los tiros y disparos de *voladores*, arrecian los perros su ladrar, y si el eco de estos estrépitos no llegan repercutidos de valle en valle á los oídos del cazador, no tarda éste en sentir el chasquido de la maleza que se rompe, el fragor de las piedras que se desprenden y ruedan por la pendiente de la montaña, el áspero ronquido de una respiración fatigosa, y con el corazón palpitante y el rostro sereno, apoya el dedo en el gatillo de la carabina, fija la vista en el negro boquete de piedras y follaje que se abre á sus piés, y espera.

¡Ahí está!... imponente, majestuoso, magnífico, erizadas sobre la cabeza las lustrosas cerdas, brillantes los hundidos ojos, mostrando al descubierto su ancho y velludo pecho y sus fornidas garras. Asómbrase más que irritase al descubrir al cazador que lo contempla, y solo cuando éste se echa con seguridad y rapidez la escopeta á la cara, lanza fieros rugidos, alzándose sobre sus nervudos y disformes piés para abalanzarse sobre el hijo de San Humberto.

Pero el disparo suena, y apenas el oso sacude sus ensangrentadas melenas con furia, cuando una segunda detonación ensordece el espacio, y el oso, herido en el corazón por las certeras balas, se desploma y rueda por la pendiente, llevando entre sus garras tierras y malezas, tronchando los retoños de las hayas y arrastrando tras sí una avalancha de

pedras que, envolviéndole, le acompañan hasta el fondo del río.

Pronto los ojeadores acuden por veredas y atajos, y en breve, sobre rústicas andas, desciende en hombros de robustos paisanos á la aldea del valle el glorioso trofeo de la destreza del cazador, espanto y gala poco há de las selvas.

Cuando la noche tiende su manto sobre los cielos, el oso, suspendido de un árbol é iluminado por los vivos resplandores de una hoguera, sirve de centro á la alegre danza de los labradores, que victorean al cazador héroe de tanta hazaña.

Si tan variados lances y tan halagüeñas emociones ofrece el arte de la caza en los bosques de estas montañas, no menores ni ménos gratas ofrece el arte de la pesca en los caudalosos rios que las bañan, vistiéndolas al paso de amenidad y de frescura.

Nacen los rios asturianos en lo más alto y fragoso de las cordilleras, ya tomando sus aguas del misterioso fondo de algun lago perdido entre sus cumbres, ya del brillante y cristalino manantial que brota de la musgosa peña en la cima del bosque, ya de las nieves que blanquean los encumbrados picos de las montañas, y derrumbándose en fragosos torrentes, bajan saltando por estrechas gargantas y desfileros llamados *foces*, encallejonados entre altísimas y paralelas rocas coronadas de arbustos hasta dar en la vega, en cuyo fondo, matizado por el verdor de las praderas y maizales, y sombreado por tilos, plátanos y fresnos, serpean en caprichosos giros, formando aquí remansos sobre profundos y transparentes pozos, rompiéndose más allá en espumosos *rabiones* contra los redondeados cantos de su lecho, encerrando despues entre sus brazos estrechas y prolongadas islas cubiertas de sauces y tamarindos, hasta que, llegando á la marina, se estiende por las juncosas riberas y arenales, formando anchurosos lagos que, acrecidos con las aguas del Océano en las grandes mareas, se desbordan y extienden sobre los campos, inundan las praderas y asemejan un mar tranquilo, de cuyo seno surge allá una colina, acullá un bosque, más allá un molino ó una cabaña, y sobre cuyas superficies, cuajadas de brillantes insectos y pececillos, se ciernen y se abaten las blancas gaviotas de la mar, mientras el ánade describe círculos en los aires, y el martin-pescador, con el iris sobre las alas, roza silbando la superficie de las ondas, pronto á calar tras el plateado *moil* al transparente seno de sus cristales.

Tal variedad de aspectos en tan accidentada carrera ofrece variedad infinita tambien de ocasiones al arte de la pesca, que ya persigue la salmonada trucha con la *garrafa* y el

trasmallo en las angosturas de los rios, ya acosa y encierra al *moil* y á la *llobina* con *trainas* y redes en las desembocaduras de las costas, no lejos de donde aparejan sus lanchas y *boniteras* los pescadores de sardina, y los que, más audaces, se lanzan á los azares y peligros de alta mar en persecucion de los atunes; alcanzando esta variedad tambien á la pesca más especial y característica del país, que es la variada pesca del salmon, el monarca fluvial de los espumosos rios asturianos.

Remontan con la *red de palos* sus furiosas corrientes en los *rabiones*, donde el rio se quiebra contra la fortaleza de las peñas, los más espertos enemigos de esta presa, mientras sus compañeros apedrean las aguas desde las márgenes para obligarla á que penetre en las redes; y escudriñan más tarde unos y otros con la acerada *fisga*, armada de tres arpones afilados, las tranquilas aguas de los remansos, donde el salmon, confundido con las arenas, reposa.

Pero la verdadera pesca del salmon verificase en los profundos pozos que se abren en el mismo cauce de los rios.

Cercada su boca con anchos y resistentes *paradejos*, arrójase al agua un buzo, sin más aparato que la robustez de sus pulmones, y dirigiéndose al salmon que en sus hondos senos habita, trata de enlazarlo con el corredizo nudo de un cordel de azote; si lo consigue, remóntase ligero á la barca, llevando en su mano el otro extremo del cordel, y en breve empieza una azarosa y violenta lucha, en la que, vencida la resistencia del salmon por el acertado *tira y afloja* de los pescadores, sucumbe al fin sin fuerzas, saliendo á la superficie de las aguas, sofocado y rendido. Si se escapa al contacto del cordel, pronto otro de los esforzados hijos de Asturias *chapsa* diligente á su vez, y lanzándose á través de las aguas como disparada saeta, pasa su mano por encima del lomo del salmon, apretándole con entrambas por las agallas.

Sacude el salmon sus recios coletazos, agitando el agua del pozo, y el pescador, abrazándole contra su pecho, hiere con el talon el cauce del rio para elevarse rápido á la superficie, donde le espera la barca, en cuyo fondo arroja su magnífica presa, que salta y se debate con las últimas congojas de la agonía.

Tambien es curioso cómo se verifica la abundante pesca de anguilas en estos rios en las épocas de las grandes avenidas. Levantan los pescadores una choza en el centro de alguna isla de las que encierra entre sus brazos el rio, y con los mismos *regodones* que forman su lecho elevan grandes *cañales* en forma de embudos, que abrazando por una parte todo lo ancho de la corriente, vienen á rematar en la opues-

ta en grandes cestos de mimbres. Las aguas, acrecidas con las lluvias ó con el deshielo de las nieves de las montañas, aumentan en caudal y velocidad de tal suerte que, arrolladas las anguilas, se precipitan á millares siguiendo las paredes de la *cañal*, en el cesto que las remata. No sin que alguna vez suceda que, creciendo mucho, las aguas destruyan las paredes de los *cañales*, invadan la isla en que se hallan los pescadores y véanse éstos resignados á perecer sin posible socorro, pues ni la fuerza de la corriente consiente barcas, ni la distancia que de las orillas los separa permite arrojarles cuerdas ó tablas de salvamento. Escena triste, cuyo horror es imposible describir, pues al llanto de las acongojadas familias, acorridas al siniestro rumor de la catástrofe, únese la solemne confesion de sus pecados, hecha en voz alta por aquellos infelices, coronada por la suprema bendicion del sacerdote, que cae sobre sus cabezas próximas á sumergirse bajo las aguas.

Auxiliares del hombre en estas expediciones y correrías, tanto para vadear con seguridad los torrenciales rios como para trepar con firmeza por los escarpados senderos de las montañas, son los famosos caballos *asturcones*, tan celebrados por los romanos; y cuyos servicios, más útiles que brillantes, sólo pueden apreciarse recorriendo estas regiones montuosas.

Críanse estos caballos en estado casi salvaje, sueltos en manadas por los puertos, sobre todo en el renombrado de *Sueve*, adonde suben acosándolos entre las peñas sus presuntos dueños para conducirlos al mercado. Su corta alzada, finos remos é inteligente cabeza apenas hacen sospechar la dureza y sobriedad de sus cuerpos y la valentía y agilidad con que trepan por las verticales pendientes de aquellos montes á la orilla de barrancos y precipicios; y no ménos ayudan á los montañeses, así para la guarda de sus ganados como para las duras fatigas de la caza, los enormes mastines de sus cabañas y los vistosos y mosqueados perros de sus antiguas razas cazadoras.

ALEJANDRO PIDAL Y MON.

A UN VESTIDO.

¡Qué hermoso fuiste! la gentil violeta
te dió su tinte, y el jazmín lozano
su candidez; hasta la moda inquieta
te ornó de gracias con su diestra mano.

Emblema de mi vida, aun en mis penas
entonces la ilusion me sonreía,
la sencilla amistad horas serenas
en su seno de paz me prometía.

El amor que soñaba en mi inocencia
era un amor indefinible y santo,
sin figura, sin nombre, pura esencia,
como la dulce inspiración de un canto.

La muerte, el desengaño, los dolores
revistieron mi alma de amargura
como nublan el cielo los vapores
que se levantan de laguna impura.

Bajo tu tela el corazón dormido
ya no se agita de esperanza ansiosa;
por eso tu color se ha ennegrecido
cual mi brillante porvenir de rosa.

Tal vez un día la voluble suerte
brille por irrisión ante mi vista,
para que tiemble al contemplar la muerte
y á su fallo cobarde me resista.

¿Y no lo soy cuando mi lábio impío
culpa á la suerte de mi afán profundo?
¡Suerte llamamos con desden, Dios mío,
tu voluntad incomprensible al mundo!

¿Qué importa que modesto, oscurecido
como las dichas de mis verdes años,
imagen de mi vida este vestido,
dolores represente y desengaños?

Es cierto que en la tierra, sin bonanza,
llevé muy pronto por mis padres luto;

pero ellos me dejaron la esperanza
de que es eterno de virtud el fruto.

Por eso en mi pobreza te bendigo,
porque tú retratando mi existencia,
ni eres el sùcio harápo del mendigo,
ni acusas con tu brillo mi conciencia.

En tus flotantes pliegues recogiste
los suspiros de un alma enamorada,
y acaso estremecida me sentiste
al rayo abrasador de una mirada.

Cruzando los senderos de mi huerto,
levemente al rozar con los rosales,
te impregnaste de aromas, y el concierto
recuerdas del cantor de los zarzales.

Y traes vagamente á mi memoria
la imágen de mi madre y de mi hermana
y la anhelante aspiracion de gloria.
¡Bello soñar de aquella edad lozana!

Y aunque un emblema de dolor y muerte
solo eres ya, te guardaré conmigo,
porque seguiste mi intranquila suerte
como un leal y cariñoso amigo.

EMILIA MIJARES DE REAL.

LOS GARCÍ LASO.

III.

EL MOZO.

Dejamos al joven Garcí Laso huyendo, en brazos de servidores fieles, á las Montañas de Asturias; y los amigos de su padre apartándose del Rey, en su mismo palacio, como si aceptaran la misma culpa y esperasen igual pena; mas siempre respetándole, como su Señor natural. Allí estaban Rui Gonzalez de Castañeda, muerto tres años despues en Toro, dando el brazo á la Reina Madre, que tambien se habia apartado de su hijo, y entonces le echó su maldicion; allí Gomez Carrillo, degollado quando creia ir al gobierno de Algezira; allí, el mismo Alburquerque, haciendo huérfanos antes que su hijo lo fuera; allí, otros, cuya sangre debia clamar muy alto el dia de la justicia divina, para que, tan pavorosa como fué, se tuviese aun por remedio saludable.

Naturalmente, cuantos tenian que temer se unian; y por eso huyeron los criados de Garcí Laso al abrigo del conde D. Enrique; los servidores de D. Nuño de Lara, á sus estados de Vizcaya; y los Cerdas, Guzmanes, D. Alfonso Fernandez Coronel y otros á Andalucía. Sin embargo, creemos que las Asturias donde el joven Garcí Laso se refugió fueron las de Santillana, donde era su solar la *Torre de la Vega*, y su familia querida y respetada. Tambien es verosímil que, no considerándole aún seguro, le llevaran á San Vicente de la Barquera, inespugnable para las armas de aquel tiempo, y que,

segun queda dicho, se hallaba encomendada á su padre, quien tendria en ella un alcayde con homenaje; esto es, juramentado de no entregarla sino á él. Hace creerlo así ser este el único pueblo de Asturias de Santillana que no se halla en el apeo general de las behetrías y demás señoríos, hecho el año siguiente, y que bien pudo el alcayde mantener la fê debida á su Señor, porque á la muerte de Garci Laso no hubo juicio ni sentencia.

Pero estos mismos que resistian legalmente á los funcionarios Reales, no desacataban aun al mismo Rey, ni pedian otra cosa que la seguridad de sus vidas. Por eso la guarnicion que tenia en Gijon D. Enrique, capituló su perdon, y que no haria, ni se le haria guerra. Partido semejante debieron hacer los deudos de Garci Laso *el Mozo*, pues no hallamos su apellido entre los rebeldes de años adelante, ó por mejor decir, le hallamos á él mismo entre los fieles que el año 1366 se hallaban en Búrgos, aprestándose á defender el Reino de las compañías aventureras de todas las naciones pagadas por D. Enrique y capitaneadas por Beltran Claquin, ó Du Guesclin, y otros más célebres que loables.

¡Admirable lealtad! Aún se pudiera hallar algun sangriento rastro de Garci Laso *el Valiente* en la plaza del Sarmen-tal; aún, tal vez, se hallaba su ataúd en la muralla de Búrgos, padron de ignominia solamente á los verdugos, y la sangre del héroe del Salado, viva aún y en su primer hervor, se ofrecia de nuevo á derramarse en defensa de la pátria y del soberano que la oprimia. Pero D. Pedro ¡infeliz D. Pedro! que en aquel mancebo se veria retratado, cuando jóven, inesper-to y celoso de su dignidad hábilmente irritada cedió á las sugeriones de Alburquerque y ordenó la siniestra crueldad, ¿cómo podia parecer en las plazas de Búrgos, sin que su conciencia le mostrase en medio, sentado en un escaño acusador, el cadáver de su Justicia Mayor hollado por las fieras? ¿Cómo podria subir al muro para ordenar su defensa, sin que aquel ataúd le quitase, ya que nunca el ánimo, la serenidad? ¿Qué podia responder á los ciudadanos de Búrgos, que en otro tiempo le suplicaron en vano apartase de sí á los holladores de sus fueros, y entonces le pedian no los abandonase á merced de extranjeros invasores?

En la contestacion que D. Enrique dirigió un año despues al príncipe de Gales, cuando, en vista de la batalla de Nájera, le intimó dejase el Reino á D. Pedro, dijo: «non le faciendo home de todo su Señorío ninguna cosa, salvo obediencia, é estando todos con él, para le ayudar é servir, é para defender los dichos Reynos, en la ciudad de Búrgos, Dios dió su sentencia contra él, que él de su propia voluntad los des-

amparó é se fué.» Efectivamente: un sábado, víspera de Ramos, como refiere Ayala, sin decir nada el Rey D. Pedro á los señores y caballeros que con él estaban, cabalgó para marcharse; y, á las súplicas y requerimientos de los de Búrgos, contestó hicieran lo mejor que pudiesen, alzándoles el homenaje para el caso que no se pudieran defender. Tampoco quiso probar resistencia más adelante, cuando se le iban reuniendo sus veteranos, abandonando lo conquistado en Aragón, aunque algunos le indicaban seria fácil hacer cambiar de partido á los ingleses que venían con D. Enrique. En fin, no sosegó hasta Sevilla, donde tenía sus hijos y tesoros, que tampoco debían durarle mucho. Entonces los caballeros y escuderos de Castilla quedaron los más en Búrgos, y dice Ayala que les plugo de todo, pues no querían bien á D. Pedro, porque había algunos á quienes matara los parientes y estaban siempre con muy gran recelo. No obstante, parece que Garci Laso no se unió á D. Enrique cuando empezó á hacer mercedes en Búrgos de lo ganado, sino en el camino de Toledo, cuando iba á lo de por ganar: á la verdad, bien fácilmente, porque lo más estaba hecho en el corazón de las personas de todas clases.

Pero es sino de España que sus campos lo sean de extrañas rivalidades, y que nuestra sangre se encienda, habiendo quien la atice. El caballeresco Eduardo, Príncipe de Gales, llamado comunmente el Príncipe Negro por el color de su armadura, estaba ayezado á prender ó matar Reyes, y tuvo á mengua que sin él se diese un Reyno. Sus capitanes envidiaron aquellas fabulosas riquezas y estados que D. Enrique dió á gentes sin más fortuna que su espada, y que, abultadas por la imaginación francesa, dieron el nombre de *chateaux en Espagne* á lo que nosotros decimos *castillos en el aire*. D. Pedro, pues, halló en su fuga hombres dispuestos á proteger su vuelta, y las joyas que pudo llevar, de las que acumuló en Sevilla largos años, ó trajo el Rey Bermejo de Granada, esparcidas abundantemente, acabaron de dar á la expedición un tinte oriental y fascinante, como la realidad de un cuento de las *Mil y una noches*. Todos los aventureros de Inglaterra y Francia (que entonces se hallaban en paz) tomaron partido por una ú otra bandera, y, lo que peor fué, inspiraron á la nobleza castellana un pundonoroso deseo de competir en campo abierto con tan célebres campeones, olvidando la estrategia tradicional y vencedora de los españoles de todas épocas.

Así lo demuestra el resultado de la batalla de Nájera, y el que definitivamente alcanzó D. Enrique, aun después de vencido. Un año habría que reinaba cuando pasó los Pirineos la

nueva avalancha. D. Enrique la aguardaba sobre el Ebro, y le evitaron, torciendo desde Pamplona, por la Borunda, á la llanura de Alava; pensando tal vez Eduardo tomar primero su prometido despojo, que era el señorío de Vizcaya. Pero situado D. Enrique en las alturas sobre el boquete de la Puebla de Arganzon, que dá paso á Castilla, y causando notable daño á los ingleses en escaramuzas diversas, les hizo volver atrás en busca del puente de Logroño, que se mantenía por D. Pedro. Entonces D. Enrique aguardó en Nájera; primero, bien situado, con el rio delante y la villa á la espalda; despues ¡nécia caballeridad! pasado el rio, en medio de la llanura, y apeándose los caballeros para combatir á pié, porque así venían los contrarios, y como nunca hasta entonces usaron los mejores ginetes y caballos del mundo. Con todas estas desventajas, hicieron retroceder un tanto á los contrarios; pero D. Tello y sus vizcainos entendiendo mejor defenderse en su tierra, que jugarla en un dia, abandonaron el campo, y los que tenían enfrente pagaron la generosidad castellana acometiendo de flanco, y montados, al escuadron de á pié. Desde entonces no fué ya sostenible la batalla; el celebrado Du Guesclin, el mariscal de Francia Audeneham, y muchos magnates de Castilla y Aragon fueron presos; pero entre los muertos nombran todas las crónicas el primero á Garci Laso de la Vega.

Digno hijo y nieto de los otros dos Garci Lasos, murieron los tres por la triple divisa española *Ley, Pátria y Rey*; con plena certidumbre de que se sacrificaban: el uno, obedeciendo á quien debia; el otro, hablando cuando era menester; y el tercero, combatiendo hasta morir.

«Por estas asperezas se camina,
De la inmortalidad, al alto asiento;
Do nunca arriba quien de aquí declina.»

Así dijo otro Garci Laso, del mismo tronco, recordando, seguramente, á sus antepasados, adivinando, acaso, su porvenir.

Garci Laso *el Mozo* debió morir muy jóven, y no dejó más que una hija: doña Leonor de la Vega, que, con su mano, dió, por decirlo así, el síno de su familia á D. Juan, hijo de D. Tello, y señor de Aguilar, muerto en la batalla de Aljubarrota. De segundo matrimonio con el almirante D. Diego Hurtado de Mendoza, tuvo por hijo, y heredero en la casa de la Vega, al célebre marqués de Santillana, D. Iñigo Lopez de Mendoza, progenitor de tantos Mendozas ilustres en armas, saber y cuanto puede ilustrar. Sin embargo, el blason que en primer lugar usaron fué el de la Vega; y segun refiere nues-

tro paisano D. Antonio de Guevara, en su carta apologética de la Montaña dirigida al Abad de Cardena: «decia el buen Iñigo Lopez que, en esta nuestra España, era peregrino ó muy nuevo el linage que en la Montaña no tenia solar conq-cido.» Esto solo puede y debe decirlo quien, como estos grandes varones, jamás olvide que *nobleza obliga*.

ANGEL DE LOS RIOS Y RIOS:

A DON J. M. REDONDO.

¡Hallas culpable mi silencio...! Siempre
de tu amistad ansiosa mi existencia,
para tu corazon tengo un recuerdo,
para tu padecer tengo una queja.

Feliz el tiempo en que se unió á mi mano
la tuya tan leal. Feliz aquella
esperanza dulcísima que hubimos
de nunca separarnos. ¡Cuáles eran
entonces mis placeres, tú á mi lado
y á mi lado tambien la hermosa Celia!

Inexpertos los tres, tal vez quisimos
apresurar el porvenir, abierta
el alma á la pasión. ¡Tú me soñabas
coronas de laurel, dicha suprema!

Cual tierna madre que sus hijos guía
al templo del Señor, y allí les muestra
que la virtud es fuente inmaculada
de dichas eternas, tu, á la ciencia
dirigiendo mi paso, *allí la gloria*,
digiste con afán; *allí venera*
la humanidad su origen; allí imprime
de su grandeza la indeleble huella.

Rayo de luz que inunda los espacios,
rumor que vierte la natal rivera,
cantos de fé que suenan en el templo
y en santa unción el corazon penetra....
gloria, armonía, encanto soberano
derramaba tu voz en mi existencia.

Ella tambien, la cándida paloma
de tímido mirar; la rosa fresca,
cuyo boton de grama se estremece
al leve curso de las brisas ledas;
ella tambien, movida de entusiasmo,
me dijo con amor, *canta, poeta.*

Canté, canté.... y en lágrimas bañado,
rompí mi lira trémula.

¿Lo comprendes al fin? Era mi dicha
ilusion juvenil, presuncion nécia:
presentimiento triste fué mi lloro,
y la noche llegó, de sombras llena.

¡Cómo pudo la mísera avecilla
seguir el vuelo de águilas excelsas!

Rota mi lira está; mas siempre, siempre,
de tu amistad ufana mi existencia,
para tu corazon tengo un recuerdo,
para tu padecer tengo una queja.

JUAN JOSÉ DE LA LASTRA.

MAR AFUERA.

MEMORIAS.

(1862)

Antes de amanecer un día de Agosto de 185... Vicente Zamorano llamaba con dos recios aldabazos á la puerta de mi casa de Becedo, en la ciudad de Santander.

Como yo esperaba la llamada, no tardé en responder á ella, y, breve rato despues, atravesaba las silenciosas calles, acompañado de mi puntual despertador que llevaba mi gaban sobre el hombro y en la mano una cestilla con provisiones.

Las estrellas centelleaban sobre el profundo azul del cielo y parecían guardar el sueño de la poblacion dormida en el sereno y misterioso ambiente nocturno del Estfo.

El sueño del pueblo nativo y el de una persona querida crean iguales sentimientos en el corazon de quien los contempla. El ser que duerme yace en los brazos de la Providencia, olvidado de sí mismo, depuestas las armas de su vigilancia, cerradas las heridas de sus dolores, mudo el gemir de sus tristezas, embotado el aguijon de sus afanes y cuidados terrenos; por eso es grato velar el sueño de los que amamos, evitar que despierten á deshora, dilatarles cuanto podemos la tregua de reposo, conseguida quizá tras largo padecer y mortales angustias.

Por eso es tan dulce y halagüeño y ensancha tanto el corazon velar el sueño de la patria amenazada.

Atravesamos la Plaza Vieja, callada y desierta: algunos años antes, á tales horas, velábamos en ella armados; y resonaban bajo el ancho pórtico del Consistorio los pasos del centinela.—Eran días de revolucion, días en que el ánimo agitado, receloso, siente la presencia de un enemigo desconocido é invisible cuyos golpes se aguardan sin saber de dónde ván á venir; su incesante amago envuelve al honrado

y pacífico ciudadano, su aliento malvado flota en el aire, su voz siniestra silba en medio de los clamores populares, su mano alevosa se guarece de los pliegues de banderas leales. La imaginación juvenil abultaba tal vez los riesgos; pero la grandeza del peligro engrandecía el ánimo: el corazón de aquellos voluntarios custodios de la ley y del orden latía impaciente por mostrarse, ufano de su misión, resuelto á la prueba, indiferente al propio destino.

Llegamos al muelle: en la quietud de la inmensa bahía, acrecida por las tinieblas, rugía la sorda voz del vapor. *El Porvenir* calentaba sus calderas preparándose á salir para una misión de la corte venida entonces á Gijón.

La lancha nos esperaba atracada á la Rampa-larga; saltamos á bordo, botó un marinero sobre los carcomidos sillares, cayeron ocho remos al agua, y, bogando perezosamente pusimos la proa afuera cuando asomaba por cima de los montes la primera claridad mensajera del crepúsculo.

En esas horas primeras el día avanza rápidamente, y la luz se derrama con presteza por el cielo y el horizonte.

Surgían de la sombra y se dibujaban sucesivamente los contornos del paisaje, y en la masa confusa del terreno se iban destacando en blanco los edificios y en negro los grupos de árboles y las quiebras.

Así comenzaban á aparecer por estribor los escuetos é irregulares picos de Matienzo y de Arredondo: los montes más bajos de la Cabada y de Solares apenas se percibían anegados aun en el borron de la gran cordillera; pero ya clareaba la arenosa taja del Puntal y, sobre él, la solitaria venta de Pedreña como un hito fantástico suspendido en el tenebroso espacio.

Por la otra banda pasaban San Martín y sus ociosos cañones, el alto Promontorio con su fresca guirnalda de laureles y salvajes hiedras, y la playa siempre melancólica de la Magdalena.

Aquella playa fué un tiempo cementerio: allí enterraba sus muertos la estación naval inglesa de Santander durante la guerra civil de los seis años; allí íbamos, niños todavía, á visitar las tumbas de aquellos pobres marinos, fenecidos en país extraño; tumbas señaladas con humildes tabloncillos negros, no con orgullosas lápidas. Las lluvias de los inviernos hendieron la madera, el viento colmó de tierra las hendiduras donde nacieron musgos vivaces que despedazaron las tablas sepulcrales; sus astillas, roídas por los insectos y el aire salino, fueron lentamente desapareciendo y se borró su señal postrera.

Si un día, peregrinos del cariño, vinieron hijos del Norte

y buscaron la sepultura de sus hermanos para llorar sobre ella, la buscaron en vano, y volvieron á la pátria con una nueva tristeza sobre las que quisieron consolar con su piadosa visita.

No hallaron mas que el arenal desierto, sembrado de espinosos cardos marinos, de lirios silvestres que alborean sobre el pálido verde de sus largas hojas.

Llegamos al pié de la batería de Lacerda; las anchas olas que venian de alta mar mecian pausada y majestuosamente la lancha; rayaba el dia, se iluminaba el cielo diáfano y puro, y en frente de nosotros se abria la inmensa soledad del Océano.

El patron gritó:

—¡Bueno bogar!

Y cesaron los remos. Sin abandonar el suyo con que gobernaba, dijo luego, descubriéndose:

—Encomendarse con devocion.

Y los marineros, imitando su ejemplo, rezaron el Credo, la oracion de los condenados á muerte: al salir del puerto, se despedian de la vida.

Es que más allá de aquel término que van á salvar está el mar proceloso, el mar que esconde en cada ráfaga brumosa del horizonte un *golpe de viento*; en cada seno, que abren entre sí dos olas, el sepulcro de un barco. Es que en esa tierra, de la cual van á apartarse, quedan los auxilios humanos, cuanto de valor y abnegacion y de medios materiales pudieran darles amparo en el riesgo y salvarlos de él, y allá donde ponen la proa, donde van á hacer rumbo desplegando las alas de lona y entregándose confiados á la brisa de la mañana que comienza á venir del Nordeste, no tendrán quien, despues de Dios, los ayude, fuera de la propia serenidad y destreza.

Por eso no invocan favor ni asistencia; mas á semejanza de aquellos que, puestos en el trance de agonía, levantan el corazon al Criador en cuya santa ley vivieron, proclaman su fé, renuevan las protestas del bautismo, afirman la doctrina que profesaron y en que esperan más allá de la muerte.

Por eso no piden el pan de cada dia, sino que dicen: «Creo en Dios Padre Topoderoso.»

Oracion sublime, por sus palabras, por el lugar y por las circunstancias de quienes la hacian.

—Arriba la mayor! gritó el patron.

Y obedecido, la brisa que arreciaba llenó pronto la inmensa vela, levantó la proa el barco y comenzó á oirse bajo su tajamar el sordo hervor de las aguas rasgadas.

A barlovento se erguia el hosco islote de Mouro; el faro

que le corona ha hecho del peligroso escollo seguro guía para los navegantes. El rudo peñon mira en frente los restos de un enemigo vencido, los escombros del castillo erigido sobre el monte Hano, que domina la profunda gola del puerto.

Una mañana de Agosto de 1812, la guarnicion francesa del castillo despertó al estruendo del cañon, y al choque de las balas en los sillares de sus merlones y troneras: el peñon frontero, envuelto aun en la sombra del crepúsculo, blanqueaba coronado de una aureola de humo de la cual salian rayos de fuego; cuando la brisa creciente de la mañana rasgó la densa humareda, y arrastró sus girones, vieron los franceses una batería inglesa de sacos, improvisada durante la noche encima de la roca, cuyo fuego los abrasaba, en tanto que los buques ingleses, desfilando á barlovento, embesbellaban la entrada de la bahía.

Breve fué la resistencia. Era el período último de aquella gigantesca lucha de la Independencia. Los franceses comenzaban á desesperar de su empresa, vista la inutilidad de sus bríos y la indomable constancia española; comenzaba para ellos una série de derrotas y, perdida la batalla de Salamanca, su ejército se retiraba hácia la orilla del Ebro. Porlier, quemaniobraba con sus españoles sobre el flanco izquierdo del ejército aliado, avanzaba desde la parte de Oviedo, y combinado su movimiento con el de la escuadra inglesa, amenazaba envolver á la guarnicion francesa de Santander.

Cuando los defensores del castillo de Hano se vieron forzados á abandonarle, arrojaron al mar su artillería. Algunos de aquellos cañones, sin caer al fondo del abismo, quedaron detenidos en las rocas, donde, al crecer la marea, los envolvía en sus olas. Allí los veíamos cubiertos de un diáfano velo de agua, alzando su redonda boca como si amenazaran todavía; y los contemplábamos despues de tantos años con la curiosidad y el terror que inspiran los despojos recientes de un campo de batalla.

La industria, enemiga de todo lo épico, los deshizo pocos años há. ¡Quién sabe si el hierro de aquellas máquinas de guerra, no es hoy reja de arado que abre y fecunda el seno de la tierra!

La naturaleza se encargó de coronar al vencedor de aquella pelea de dos peñascos.—Semillas ocultas en la tierra de los sacos derramada sobre el de Mouro, germinaron, y sobre su calva frente crecieron verdes penachos de malvas y otras yerbas que nacen y mueren todos los años.

Así las armas humanas desaparecen, y el laurel, obra de la Providencia, se perpetúa de generacion en generacion.

Mientras mi espíritu vagaba, nutriéndose de esas memorias, de esos pensamientos que brotan á cada paso en la tierra nativa, y son tal vez una de las causas del amor profundo de la patria, la lancha, tendido al viento todo el trapo, mayor y trinquete, volaba como una golondrina sobre las aguas.

Perdíase á lo lejos la costa, y blanqueaban á intervalos otras velas alzadas en la cresta de las olas y destacándose sobre el puro azul del cielo.

Mis marineros comenzaron á preparar los aparejos.

La mayor parte de aquellos rostros enjutos y curtidos eran conocidos y familiares míos. Los años, que acentúan y marcan la fisonomía, como si su peso ahondase el troquel humano, conservan generalmente las facciones sin desfigurarlas. A pesar del tiempo transcurrido, de las ausencias y sucesos mediados, recordaba y reconocia muchos de mis compañeros. Unos eran de los que puntualmente asistían á la misa mayor y sermones de Cuaresma en la Catedral, otros al Rosario de la Orden Tercera en San Francisco, y á las procesiones.

Tipos que se graban en la imaginación del niño, que desaparecidos pueblan los recuerdos del hombre, y son origen de ese involuntario sentimiento con que el corazón más duro vuelve los ojos á la primera época de su vida.

Si Dios hubiera dado á mi pluma, amante llorosa de los que fueron, la briosa energía del historiador ó las galas luminosas del poeta, yo resucitaria aquellos días y aquellos hombres, hombres rudos en quienes respetábamos la edad y los trabajos. Yo iría á sentarme al hogar del marinero santanderino, y de su boca oiría la relación de su vida; vida oscura, pobre, laboriosa, surcada tal vez por la fatal huella del vicio, que es olvido para el pesar y la miseria; pero vida pura de criminales intentos, virgen de delitos, rica de dos virtudes cristianas, raras aun en seres más perfectos, la caridad y la fé.

También ellos pierden sus tradiciones; también sus hábitos desaparecen, sus usos cambian, como cambia el aspecto de sus viviendas, como se mudaron los santuarios donde viva y fervorosamente invocaban á sus patronos celestiales.

La actividad del espíritu humano en su misteriosa marcha alcanza á todo y todo lo transforma.

El cabildo de mareantes de San Martín de Abajo habitaba fuera de la ciudad: lo confirman los nombres de las calles que aun ocupan; calle del Arrabal, calle del Mar, y calle del Medio, (probablemente por estar situada entre ambas.) En el muro mismo de la villa y abierta hacia su barrio, de manera que desde sus portales y balcones podían ver y adorar las

santas imágenes, tenían la capilla ó altar de aquellos bienaventurados mártires Emeterio y Celedonio.

La generacion que viste ahora la toga viril y entra en la vida pública, ha sido la última que vió y conserva en su memoria la antigua fisonomía de aquellos parajes: el último recuerdo material que allí queda es el nombre de la calle, llamada de los Santos Mártires. Donde hoy se levantan suntuosos y altivos edificios particulares, estaba la tribuna cerrada con cristales, cuidadosamente pintada y blanqueada: á su espalda asomaba la vieja muralla hendida y desmoronada á intervalos, caduca, sombría, coronada de helechos y algunas higueras nacidas entre las piedras, y sirviendo la base de su derruido almenaje de jardin, donde algunos vecinos próximos cultivaban rosas, claveles y alelles en humildes tiestos y cajones. A lo largo de la muralla corría una calle con el nombre original de Tumba-tres, debido sin duda á la violencia y empuje del viento Sur en aquella torcida angostura; aunque una imaginacion viva pudiera darle por origen un rasgo de valor ó una aventura dramática.

Al par, y con mayor rapidez que las generaciones de edificios, pasan las generaciones de hombres.

Así la raza de Trafalgar se ha extinguido entre nuestros marineros, sucedida por la de la guerra de Vizcaya; de esta manera califican ellos la última guerra civil.

A estos pertenecía Juan Abad, el patron de la lancha. Era un hombre seco, afable y poco hablador; vestía chaqueta de bayeta amarilla, faja negra y sombrero bajo de hule.—Había servido á bordo de las trincaduras en aquella ruda compañía del Nervion, campaña rigurosa y larga, campaña de mar y tierra, en que la marinería, sobre las fatigas de su instituto, sirvió más de una vez, con los ingenieros construyendo puentes y baterías, con la infantería, atacando posiciones en orden abierto.

Aquella marina escasa, cuanto valerosa, participó de la empresa memorable de Luchana; de aquel terrible combate, cuyos detalles son homéricos, y que con el tiempo será legendario, y vestido de maravillosos y fantásticos colores por la imaginacion del pueblo. Combate sacrílego, fratricida como la guerra de Tebas, pero sublime de horror y de grandeza; lucha encarnizada de toda una noche de Diciembre; trabada á la tarde, vencida al amanecer del siguiente dia, reñida sobre la nieve y al rigor de todas las inclemencias del cielo en medio de la fragosa aspereza del Pirineo vasco.

Pero el más ligado conmigo de todos aquellos marineros era Vicente Zamorano. Un hermano suyo poco más joven, Martín, fué contemporáneo y compañero mio; juntos hemos

nadado muchas veces en la bahía. Cuando llegó el tiempo de dar rumbo á la vida y tomar cada cual la suya, tocóle á él vida de mar y á mí vida de estudio. El barco en que Martín navegaba tenía un nombre protector y hermoso: «Cármén»; pero su nombre no le libró del naufragio. Allá en las soledades del mar americano, sorprendida por las tormentas del equinoccio, perdió la fragata su arboladura. Con la intrépida tenacidad de su raza luchaban los marinos sin perder aliento, procurando resistir á la furia del mar y sortear las embestidas del viento. Martín iba á la rueda del timón, atado para no ser arrastrado por las olas; pero una de ellas sacudió con violencia al valiente mozo, rompiéndole una pierna cerca del tobillo. Aquella herida fué mortal en tales circunstancias, y antes de que amansara la tormenta las revueltas olas arrastraban y envolvían el cadáver del pobre y cariñoso compañero de mi infancia. ¡Cuántos perecen como él sin auxilio, sin consuelo, en lo mejor de la juventud, antes de haber vivido!

Esas agonías dolorosas y oscuras, ¿no son una espacion que purifica el alma y abrevia el camino del cielo?

Yo pensaba en el pobre náufrago al ver á su hermano alegre, tranquilo, mecido al impulso de las olas iguales y serenas sobre el mar azul, á los rayos del sol, bajo un cielo luminoso plácido.

Vicente llevaba en la mano una de esas anchas hojas que envuelven las panojas de maíz, cubierta con que protege y guarda la naturaleza el oro del grano; y con un grueso alfiler rasgaba y peinaba la hoja en filamentos delgados, hasta hacer de ella una especie de fleco. Este fleco, rodeado y sujeto á la cabeza del anzuelo, le envuelve y disfraza y es el único cebo que se emplea en la pesca del bonito.

Este pez voracísimo se lanza sobre el engaño apenas lo vé blanquear en el agua y lo engulle en su estómago. Para evitar que los afilados dientes del animal corten el aparejo, la última parte de este (una ó dos brazas) es de grueso alambre de latón llamado *campanil*.

Antes de largar los aparejos, pusieron los marineros en las drizas, á altura de un hombre, unos ganchos ó fiadores, por los cuales pasa el aparejo. Uno de los extremos de este flota á buena distancia por la popa, y el otro va amarrado al banco.

La violenta embestida del bonito, cuando preso en el anzuelo quiere huir, hace saltar el aparejo del fiador, y con esto advierten los marineros que hay presa.

Íbamos como una exhalacion; el día, según los hombres de á bordo era excelente, pero teníamos poca fortuna. Habíamos

corrido largas bordadas con una docena de aparejos por la banda, embarcando agua bastante á veces, pero ni un solo pez: los aparejos iban inmóviles en sus fiadores.

De pronto viramos en redondo.

Juan Abad se quitó el sombrero:

¡A la buena bordada! dijo, y principió á rezar el Padre nuestro.

Todos respondimos, así como al Ave-María. Y como si aquella oracion hubiese tenido eficaz éxito, saltó un aparejo del fiador, luego otro y otro, y en breve término metimos á bordo diez y ocho bonitos.

A veces era necesario el esfuerzo de tres hombres para llevar á nosotros el pez. Llegado éste al costado del barco, un marinero le enganchaba con un gamo por el vientre, cerca de la última aleta, y suspendiéndole trabajosamente boca á bajo, daba lugar á que otros desembarazasen el anzuelo sepultado en las entrañas del animal.

Pasaron al habla otras lanchas, y cruzamos las preguntas de orden. Con corta diferencia todos habíamos tenido tan corta ventura, y se curaron mis escrúpulos de si seria mi presencia la causa de ella.

En días buenos, las lanchas de Santander traen al puerto de doscientos á doscientos cincuenta de aquellos útiles y sabrosos pescados.

JUAN GARCIA.

EN UN ALBUM.

As over the sepulchral stone...

BYRON.

Como detiene acaso al pasajero
oscuro nombre sobre yerta losa,
fije tus ojos lánguidos el mio,
si vagan al azar sobre estas hojas.

Y si en remoto día al encontrarle
recuerdas por ventura mi memoria,
piensa que bajo de él en esta página
un solitario corazon reposa.

AMÓS DE ESCALANTE.

LA PRINCESA Y EL GRANUJA.

CUENTO DE AÑO NUEVO.

I.

Pacorrito Migajas era un gran personaje. Alzaba del suelo poco más de tres cuartas á pesar de que su edad frisaba en los siete años. Tenía la piel curtida del sol y del aire y una carilla avejentada que más bien le hacia parecer enano que niño. Sus ojos eran negros y vividores con grandes pestañas como alambres. Pero su boca daba miedo de puro fea, y sus orejas, al modo de abanicos, antes parecían pegadas que nacidas. Vestía gallardamente una camisa sin color, y un pantalón hecho de remiendos y sostenido con un solo tirante. En invierno abrigábase con una chaqueta que fué de su abuelo, y que despues de cortadas las mangas por el codo, á Pacorrito le venia que ni pintada para gaban. En el cuello le daba varias vueltas un guñapo con aspiraciones á bufanda, y la cholla la cubria con una gorrita que arrambló en el Rastro. No usaba zapatos por serle esta prenda de grandísimo estorbo, ni tampoco medias porque le molestaba el punto.

La familia de Pacorrito Migajas no podia ser más ilustre. Su padre, acusado de haber hecho un escalo por la alcantarilla, había ido á tomar aires á Ceuta, donde murió. Su madre, que era una señora muy apersonada y que por muchos años tuvo puesto de castañas en la Cava de San Miguel, fué también metida en líos de justicia y despues de muchos embrollos y dimes y diretes con jueces y escribanos, me la empaquetaron para Alcalá. Aún quedaba á Pacorrito su hermana; pero ésta, abandonando su plaza en la fábrica de tabacos, se fué á Sevilla en seguimiento de un sargento de ingenieros, y esta es la hora en que no ha vuelto. Estaba, pues, Migajas solo en el mundo, sin más familia que él mismo, sin más amparo que el de Dios, ni otro guía que su propia voluntad.

II.

¿Pero creará el pio lector que Pacorrito se acobardó al verse solo? Nada de eso. El había tenido ocasion en su breve existencia de conocer los vaivenes del mundo, las injurias del destino y una gran parte de lo falso y mentiroso que encierra la vida. Llenóse de energía y afrontó la situación como un héroe. Afortunadamente tenía grandes relaciones con diversa gente de su estofa y aun con hombres barbudos que parecían dispuestos á protegerle, y bulle que bulle, aquí me meto y allí me saco, consiguió dominar su mísero estado.

Vendía fósforos, periódicos y billetes del Pardo ó de las Escuelas católicas, tres ramos de la industria que explotados con inteligencia podían asegurarle honradas ganancias; así es que á Pacorrito nunca le faltaban cuatro cuartos en el bolsillo para sacar de un apuro á un amigo, ó para obsequiar á las amigas.

No inquietaban gran cosa á Migajas ni las molestias del domicilio ni las impertinencias del casero. Sus palacios eran el Prado en verano, y en invierno los portales de la casa Panadería. Varon sóbrio y enemigo de pompas mundanas, se contentaba con un rincón cualquiera para pasar la noche. Comía, como los pájaros, lo que encontraba, sin que jamás se apurase por esto, á causa de cierta conformidad religiosa que existía en su alma, y de su instintiva fé en los misteriosos dones de la Providencia que á ningún ser grande ni chico desapara.

Los que esto lean creerán que Pacorrito Migajas era feliz. Parece natural que lo fuese. Si carecía de familia, gozaba de preciosísima libertad, y como sus necesidades eran muy pocas, vivía holgadamente de su trabajo, sin deber nada á nadie; sin que le quitaran el sueño ambiciones ni disgustos; pobre, pero tranquilo; desnudo el cuerpo, pero lleno de paz sabrosa el espíritu. Pues á pesar de esto, Pacorrito Migajas no era feliz. ¿Por qué? Porque estaba enamorado hasta las gachas, como se suele decir.

Sí, señores, aquel Pacorrito tan pequeño y tan feo y tan pobre y tan solo, amaba. ¡Ley inexorable del mundo, que no permite á ningún ser, cualquiera que sea, redimirse del yugo del amor!

Amaba nuestro héroe con delirio, á veces con exaltado idealismo, libre de todo pensamiento impuro, á veces con ar-

doroso fuego. Su corazón volcánico tenía sensaciones de todas clases para el objeto amado; ora dulces y platónicas como las del Petrarca, ora arrebatadas como las de Romeo, y si por lo ideológico remedaba al Dante, por lo sutilmente cariñoso se parecía á Abelardo.

¿Y quién había inspirado á Pacorrito pasión tan terrible? Pues una dama que arrastraba vestidos de seda y terciopelo con vistosas pieles, una dama de cabellos rubios, que en bucles descendían sobre su alabastrino cuello, una dama que solía gastar quevedos de oro, y á veces tocaba el piano.

III.

Véase cómo la conoció Pacorrito y quién era aquella celestial hermosura.

Migajas extendía la esfera de sus operaciones mercantiles por la mitad de una de las calles que afluyen á la Puerta del Sol. Es esta calle muy concurrida y tiene hermosas tiendas que de día adornan sus escaparates con mil prodigios de la industria, y por la noche se iluminan con la resplandeciente claridad del gas. Entre estas tiendas la más bonita es una que pertenece á un alemán y que está llena de chucherías preciosísimas destinadas á grandes y pequeños. Por Carnaval se llena de caretas burlescas, por Semana Santa de figuras piadosas, por Navidad de Nacimientos y árboles cargados de juguetes, y por Año Nuevo de magníficos objetos para regalos.

La pasión volcánica de Pacorrito empezó cuando el alemán puso en su escaparate una encantadora colección de damas vestidas de raso y terciopelo, con los más ricos trajes que puede imaginar la fantasía parisiense. Casi todas tenían más de media vara de estatura. Sus rostros eran de la más fina y purificada cera, y ningún carmín de frescas rosas se igualaba al rubor de sus mejillas. Sus azules ojos de vidrio brillaban con más fulgor que la pupila humana. Sus cabellos de finísima lana rizada podían compararse, con más razón que los de muchas damas, á los rayos del sol; y las fresas de Abril, las cerezas de Mayo y el coral de los mares parecerían pálidos en comparación de sus labios rojos.

Eran tan juiciosas que jamás se movían del sitio en que las colocaban. Solo crujía el gozne de madera de sus rodillas, hombros y codos, cuando el alemán las sentaba al piano, ó

las hacia tomar los lentes para mirar á la calle. De resto no daban nada que hacer y jamás dijeron esta boca es mia.

Entre ellas habia una que era la más hermosa, la más alta, la más bien vestida, la más señora. Debía de ser mujer de elevada categoría á juzgar por su ademan grave y pomposo, y cierto aire de proteccion que le sentaba á maravilla.

—¡Gran mujer!—dijo Pacorríto la primera vez que la vió; y por más de una hora estuvo junto al escaparate, contemplando tan acabada hermosura.

IV.

Nuestro personaje se hallaba en ese estado particular de aletargamiento y exaltacion en que aparecen los héroes de las novelas amatorias. *Su cerebro hervia; en su corazon se enroscaban culebras mordedoras; su pensamiento era un volcan; deseaba la muerte; aborrecia la vida; hablaba sin cesar consigo mismo; miraba á la luna; se volvia loco, etc.*

¡Cuántas veces le sorprendió la noche en melancólico arro-bamiento delante del cristal, olvidado de todo, hasta de su propio comercio y modo de vivir! Mas no era por cierto muy desairada la situacion del buen Migajas, quiero decir, que era hasta cierto punto correspondido en su loca pasion. ¿Quién puede medir la intensidad amorosa de un corazon de palo? El mundo está lleno de misterios. La ciencia es vana y jamás llegará á lo íntimo de las cosas. ¡Oh, Dios! ¿será posible algun dia fijar un límite á la esfera de lo inanimado? Lo inanimado no existe. Atrás los pedantes que deteniéndose ante una piedra le dicen: «Tú no tienes alma.» Solo Dios sabe cuáles son las verdaderas dimensiones de ese Limbo inmenso donde yace todo lo que no ama.

Bien seguro estaba Pacorríto de que la dama le miraba, y aun sin moverse ni pestañear ni abrir la boca, decíale mil cosas deleitables, ya dulces como la esperanza, ya tristes como el presentimiento de sucesos infaustos. Con esto se encendia más y más en el corazon de Migajas la llama que lo devoraba, y su mente atrevida concebía sublimes planes de seducccion, rapto, y aun de matrimonio, ¡que tanto puede la fuerza incontrastable del sentimiento!

Una noche el amartelado galan acudió puntual á la cita. La señora estaba sentada al piano con las manos suspendidas sobre las teclas y el divino rostro vuelto hácia la calle. El granuja y ella se miraron. ¡Ay! ¡Cuánto idealismo, cuánto

frenesí en aquella mirada! Los suspiros sucedieron á los suspiros, y las ternezas á las ternezas, hasta que un suceso imprevisto cortó el hilo de tan dulce comunicacion amorosa, truncando de un golpe la felicidad de los dos amantes. Fué como esas súbitas catástrofes providenciales que hieren mortalmente los corazones, dando origen á suicidios, tragedias y otros lamentables casos.

Una mano penetró en el escaparate por la parte de la tienda, y cogiendo á la señora por la cintura se la llevó adentro. Al asombro de Migajas sucedió una pena tan viva que deseó morir en aquel mismo instante. ¡Ver desaparecer al objeto amado, como si se lo tragara la insaciable tumba y no poder detener aquella existencia que se escapa, ¡y no poder seguirla aunque fuera al mismo infierno! ¡Ah! Esto era superior á las fuerzas de un mortal, y Pacorruto, á pesar de su inmensa energía, se sintió desfallecer.

Estuvo á punto de caer al suelo; pensó en el suicidio; invocó á Dios y al diablo....

—¡La han vendido!—murmuró sordamente.

Y se arrancó los cabellos, y se arañó el rostro; y á causa de las convulsiones de su desesperacion se le cayeron al suelo los fósforos, los periódicos y los billetes del Pardo.

V.

Repuesto al cabo de su violenta emocion, Pacorruto miró hacia el interior de la tienda, y vió á unas niñas y á dos ó tres personas mayores hablando con el alemán. Una de las chicas sostenia en sus brazos á la dama de los pensamientos de Migajas. Hubiérase lanzado éste con ímpetu salvaje dentro del local; pero se contuvo, poniendo un freno á su ardoroso afán, por temor á que viendo su facha estrambótica, le adjudicaran una paliza ó le entregaran á una pareja.

Fijo en la puerta, pensaba en los horrores de la trata de blancos, en aquella nefanda institucion tirolesa, por la cual unos cuantos duros deciden la suerte de honradas criaturas, entregándolas á la destructora ferocidad de niños mal criados. ¡Ay! ¡Cuán miserable le parecia á Pacorruto la naturaleza humana!

Los que habían comprado á la señora salieron de la tienda, y entraron en un coche de lujo. ¡Cómo reian los tunantes! Hasta el más pequeño, que era el más mimoso, se permitia tirar de los brazos á la desgraciada muñeca, á pesar de tener

él para su exclusivo goce variedad de juguetillos propios de su edad. Las personas mayores tambien parecian muy satisfechas de la adquisicion.

Mientras el lacayo recibia órdenes, Pacorrito, que era hombre de resoluciones audaces y heróicas, concibió un plan que consistia en colgarse á la zaga del coche. Así lo hizo con la agilidad cuadrumana que emplean los granujas cuando quieren pasaeear en coche de un cabo á otro de la villa.

Alargando el hocico hácia la derecha veia asomar por la portezuela uno de los brazos de la señora vendida al vil metal. Aquel brazo rígido y aquel puño cerrado hablaban enérgico lenguaje á la imaginacion de Migajas, y en medio del estrépito de las ruedas oia estas palabras:

—¡Sálvame, Pacorrito mío, sálvame!

B. PEREZ GALDÓS.

(Continuará.)

DULCAMARA.

SONETO.

El *vino*, *vió y venció*... Y ¿á qué más gloria?
Con su pedestre musa y prosa llana,
Sobre columnas de la cuarta plana
Un templo sabe alzar á su memoria.

Anunciar y vender; esta es su historia,
Y aquel que acude al son de su campana,
Muere por suerte ó por milagro sana,
Pero siempre el Doctor canta victoria.

Y atrae el oro con su voz aguda,
Y el vulgo está pendiente de sus labios,
Que es la audacia la ciencia que le escuda.

Pero á los sabios él no causa agravios;
Que explotar á los tontos ¿quién lo duda?
Lo hacen mejor los pillos que los sabios.

EDUARDO BUSTILLO.

DE LA ATMÓSFERA Y SUS EFECTOS SOBRE LA VIDA.

Constituida la atmósfera por la masa gaseosa y trasparente que rodea nuestro globo, sirven de medio necesario para el ejercicio de nuestra actividad. Su espesor, según los cálculos de Biot, fundados en la ley de descenso de las temperaturas, no excedería de 12 leguas. Los fenómenos de refracción astronómica y de iluminación de la atmósfera durante las horas crepusculares, asignan á este espesor un valor mínimo de 15 á 20 leguas. La observación de las estrellas errantes, pequeños cuerpos que se calientan hasta hacerse incandescentes cuando en su movimiento de rotación al rededor del sol atraviesan los capas superiores de nuestra atmósfera, inducen á apreciaciones más considerables, elevando la altura de la masa gaseosa á 70 ú 80 leguas por encima del nivel de los mares.

La atmósfera, como medio, es indispensable al sostenimiento de la vida. Ejércese esta á beneficio del constante cambio de los elementos que entran en la composición de nuestros órganos, cambios fatal y necesariamente sometidos á las leyes fisio-químicas que rigen y gobiernan la materia.

Los medios en que nuestra vida evoluciona y las sustancias que nos sirven de alimento, actúan sin cesar y producen modificaciones íntimas en nuestro organismo. Numerosos y variados son los problemas que el estudio de los medios ó condiciones de la vida someten á nuestra consideración; pero por numerosos y variados que á *proiri* parezcan, siempre podremos referirlos á actos ó determinaciones de los cuatro agentes que siguen:

A. Aire atmosférico; B. Alimentos y alimentación; C. Aguas; D. Medios en que el hombre habita.

Tratar cada uno de estos cuatro puntos con la extensión que reclaman; detenerse á estudiar los fenómenos que determinan en los diferentes órdenes de seres vivos; establecer relaciones entre estos actos, y las diversas manifestaciones de la vida circunscrita y limitada á la especie humana, supondría el desarrollo completo de un tratado fisiológico é higié-

nico, para lo cual no me considero fuerte ni lo creo oportuno, dadas las condiciones de la revista en que han de salir á luz estos desordenados apuntes. He de circunscribirme, por lo tanto, al estudio del aire atmosférico como medio de vida y causa muchas veces de graves trastornos orgánicos.

El aire es alimento necesario, que constantemente, sin descanso, sostiene nuestro calor y nuestra vida. Las más pequeñas variaciones de este medio que nos baña, y penetra nuestra sangre, pueden producir tsastornos sérios en la respiracion, la traspiracion y la hematosis, que á su vez reaccionaran sobre todas las demás funciones del organismo cuya suma da lugar á la resultante final, vida.

El aire, trasparente é invisible en pequeñas masas, difunde la luz azul. No tiene sabor ni olor, es por excelencia compresible y sigue en sus cambios de volúmen las leyes de Mariotte.

Es pesado y ejerce presion en todas direcciones, como lo demuestran los esperimentos de Arquímedes y Pascal. El peso de una columna de aire de la altura total de la atmósfera, equivale al peso de una columna de mercurio de la misma base que aquella y de altura igual á la altura barométrica en el momento de la observacion. Háse calculado que el peso total de la atmósfera sería equivalente al de 581.000 cubos de cobre rojo de un kilómetro de lado. Este enorme peso que sin cesar gravita sobre las convexas espaldas del mundo, no se deja sentir con la misma intensidad en los diversos lugares de la tierra, como lo demuestran las diferentes alturas barométricas.

Habíamos dicho que el aire era trasparente, pero esto en absoluto no es verdad. Cada molécula gaseosa, refleja una parte de los rayos solares que la atraviesan, y esta reflexion se hace más manifiesta en el rayo azul. Hé aquí la razon por que el aire comunica á los objetos lejanos, ese tinte azul, tanto más pronunciado, cuanto mayor es el espesor y la densidad de la capa interpuesta.—Esta es tambien la causa de ese hermoso azul del cielo, manto de la divinidad tachonado de estrellas y ceñido por la via láctea, prodigioso engendro de soles, mil y mil sistemas planetarios, á través de cuya trasparente gasa se deja sentir la infinita majestad de Dios.

Las moléculas constitutivas del aire y el polvo que en él circula, difunden la luz en todas direcciones y hacen visibles los objetos colocados fuera del trayecto de la irradiacion solar. Privado el aire de esta propiedad, no habria en la tierra más puntos iluminados que aquellos directamente heridos por los rayos del sol. Las sombras proyectadas por los cuerpos opacos serian del todo negras, y los rayos reflejados por

la tierra irían á perderse en los espacios infinitos, reinando la más completa oscuridad en todos los puntos no penetrados por la luz directa del sol. El crepúsculo que precede y sigue á la salida y puesta del sol, habria dejado de existir y con él los magníficos panoramas, ricos de color y luz, cuyos delicados matices no han podido imitar el arte ni la industria humana.

Tranquilo unas veces éste que los antiguos consideraron elemento de la creacion, produce la suave y perfumada brisa de la primavera, que al acariciar nuestra frente fatigada, parece que deposita en ella beso de incomparable dulzura. El es el que, arrastrado por las furias invisibles del huracan, levanta montañas espumosas en la tersa superficie de los mares, arrancando gemidos á la débil barca que, perdida en el revuelto torbellino, teme quizá no llegar á la playa que la vió nacer. El el que en forma de *alisio viento* empuja las carabelas de Colon al descubrimiento del nuevo mundo. El el que en el árido desierto, levanta nube de polvo que sepulta á la triste caravana. El el que impulsado por el génio del mal aviva devorador incendio que consume haciendas y personas, y no contento aún, esparce las candentes cenizas, que inútiles á las vidas estinguidas, pasan á animar nuevas y nacientes vidas. El el que en forma de onda sonora, hiere nuestro oido con las dulces melodías de Rossini y Meyerbeer y hace vibrar nuestra alma con el trino del ruiseñor que llena el bosque con sus enamoradas y dulces notas. El, por fin, nos hace oir la suspirada promesa del alma de nuestros pensamientos y la desesperadora frase del desden ó de la indiferencia. Portador de buenas nuevas ¡Dios os bendiga! Mensajero de desengaños ¿por qué no dejas de ser?

El calor representa papel importantísimo en un gran número de fenómenos atmosféricos; ejerciendo al propio tiempo decisiva influencia en el desarrollo y modo de ser de los diferentes organismos de la superficie del globo. Múltiples y variadas son las circunstancias que influyen en las modificaciones climatéricas de las distintas regiones de la tierra, debiendo ocupar el primer puesto las diversas fuentes de calor asignadas á nuestro planeta y atmósfera que le rodea. La temperatura de los espacios celestes, en medio de los cuales se verifican los asombrosos movimientos planetarios; el calor central del globo en que navegamos perdidos en la inmensidad y la irradiacion solar, son los orígenes principales del calor de la atmósfera. Las corrientes atmosféricas y oceánicas modifican las temperaturas y participan grandemente en la constitucion de los climas, no desconociendo hoy nadie que si la parte oriental de Europa disfruta los beneficios de una suave temperatura en relacion con otros pun-

tos de la misma latitud, no es debido á otra causa que á la gran corriente del Gulf-stream que lame sus costas dirigiéndose al polo Norte.

Un gran número de fenómenos meteorológicos no reconocen otra causa que la temperatura atmosférica, fenómenos que pasaremos en silencio como ajenos á nuestro propósito, procurando en lugar oportuno tratar solo de su acción sobre los seres vivos que pululan la superficie de la tierra.

No por despreciables é indignos de nuestra atención, pasarán desatendidos los *Simouns* del Sahara, el *monzon* de la India y el *ciclón* de sus mares; el espegismo, fenómeno debido á la diferente densidad de las capas atmosféricas que tocan el suelo, y el *espectro del Brocken* debido á la *difracción* y *dispersion* de los rayos solares.

Callaremos respecto á los *antelios*, *parelios*, *halos*, con otros muchos y variados fenómenos luminosos, hijos de los diferentes estados físicos de la atmósfera, de su estado eléctrico y de los cuerpos en ella suspendidos. Todos son acreedores á las consideraciones del físico; pierden, sin embargo, una gran parte de su importancia cuando los estudia un médico y procura relacionarlos con la influencia que sobre los organismos pueden ejercer.

J. J. ZORRILLA.

(Continuará.)

LA CORCONERA.

LÍNEA DE VAPORES

ENTRE

SANTANDER Y EL ASTILLERO DE GUARNIZO.

HORAS DE SERVICIO.

Salidas de Santander.

Mañana.

- 7 viaje extraordinario.
- 8 — ordinario.
- 9 — extraordinario.
- 10 — ordinario.
- 12 — extraordinario.

Tarde.

- 2 viaje ordinario.
- 3 — extraordinario.
- 5 — ordinario.
- 6 — extraordinario.
- 7 — ordinario.
- 8 — extraordinario.

Salidas del Astillero.

Mañana.

- 7 viaje ordinario.
- 8 — extraordinario.
- 9 — ordinario.
- 10 — extraordinario.
- 12 — ordinario.

Tarde.

- 2 viaje extraordinario.
- 3 — ordinario.
- 5 — extraordinario.
- 6 — ordinario.
- 7 — extraordinario.
- 8 — ordinario.

Precios de pasaje.

Primera clase. 2 reales.

Segunda 1 —

La persona que tome billetes de abono obtendrá 25 por 100 de rebaja sobre los precios anteriores.

La Empresa se encarga del transporte de toda clase de efectos á precios convencionales.

Los encargos manuable se llevarán á domicilio á precios convencionales siempre que deban ser conducidos dentro del casco de la poblacion.

La Empresa no se hace responsable del contenido de los bultos que deberán tener la direccion del receptor.

El flete se pagará adelantado.

A la mayor brevedad se organizará un servicio á San Salvador, en combinacion con los coches de Solares, La Cavada y Liérganes.

Los viajes extraordinarios podrán suprimirse á voluntad de la Empresa.

NOTA. — Los pasajeros tienen derecho á exigir el billete cuando pagan el importe del pasaje y se esponen á pagarle segunda vez si no van en posesion de aquel documento.

REVISTA CÁNTABRO-ASTURIANA.

(CONTINUACION DE LA TERTULIA.)

Se publica en Santander los días 5 y 20 de cada mes, en cuadernos de 32 páginas, al precio de 12 reales trimestre.

Se suscribe en su Administracion, calle del Arcillero, número 1, piso 1.º, y en las principales librerías de Asturias.



(PRIMERA ÉPOCA.)

COLECCION

de artículos humorísticos, pensamientos poéticos, charadas, enigmas, dobles enigmas, acertijos, logrogrifos, rompe-cabezas y

POR

VARIOS INGENIOS MONTAÑESES.

Forma un tomo en 8.º de más de 400 páginas, y se halla de venta en la Administracion de la REVISTA CÁNTABRO-ASTURIANA al precio de 5 pesetas.

LA TERTULIA.

SEGUNDA ÉPOCA.

REVISTA QUINCENAL DE CIENCIAS, LITERATURA Y ARTES.

Forma un tomo en 4.º de 768 páginas, y se halla de venta al precio de 12 pesetas en la Administracion de la REVISTA CÁNTABRO-ASTURIANA.